

Artículo de ALBERTO MAGGI

Traducción de Antonio Paneque.

UN SALVADOR DE MAS

El señor del mundo_

Cuando Jesús nació en Belén, hacía ya sesenta años que Palestina se encontraba bajo la férrea ocupación del imperio romano, el cual había ido extendiendo su dominio por doquier: “*Por aquellos días, salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo*” (Lc 2,1).

“César Augusto” es el título del tataranieto de Julio César, Octaviano, quien, según Marco Antonio, consiguió que su tío lo adoptara a base de prostituirse con él (Svetonio, *Vidas de los Césares*, 2,68), e inició de este modo su escalada hacia el poder absoluto. Octaviano representa la encarnación máxima de todo tipo de poder, político y religioso. De hecho, fue él el primero que se hizo condecorar con el título de *Augusto*, o sea, digno de veneración, un nombre que nunca antes había sido aplicado a un ser humano. *Augusto* confería al emperador un aura religiosa, la de ser el *hijo de Dios* y el *salvador del mundo*.

El día del nacimiento de Octaviano fue saludado por los historiadores de la época como el “inicio de la buena noticia para el mundo” (*Inscripción de Priene*). La *buena noticia* consiste ahora en la orden de llevar a cabo el censo de toda la tierra. Como dueño del mundo (*Vite*, 2,94), Octaviano decide que todos sus súbditos queden registrados, de modo que nadie pueda librarse del pago de los impuestos. El *salvador del mundo*, en realidad, no piensa más que en salvarse a si mismo.

La Biblia consideraba el censo del pueblo como un sacrilegio inspirado por el diablo, que de ese modo usurpaba el papel de Dios, el único señor de su pueblo (“*Se alzó satanás contra Israel, e incitó a David a hacer el censo del pueblo*” 1 Cr 21,1). Nos consta que, como reacción al censo querido por el emperador, estallaron graves tumultos capitaneados por *Judas el Galileo* (Hec 5,37), quien “incitó al pueblo a la revuelta contra los Romanos, cuando Quirino realizaba el censo en Judea” (Ant. 20,5,2 § 102). Esta protesta dio origen al movimiento de los *celotas* (Ant. 18,4-10), los insurgentes revolucionarios a los que movía el celo hacia su Señor, “convencidos de que solo Dios es su guía y dueño” (Ant. 18,1,6 §23). Pero la sublevación de Judas el Galileo “acabó mal, y los que se habían dejado persuadir por él, se dispersaron” (Hec 5,37). Dos hijos de Judas fueron crucificados.

Son tristes presagios.

En el colmo de la arrogancia, el poder, siempre mentiroso y homicida

(Jn 8,44), celebra su grandeza realizando un censo de “toda la tierra”. Los que reaccionan, alzándose contra este atropello, terminan en la cruz. “Jesús, el Galileo” (Mt 26,69), que había denunciado a quienes transformaban el Templo en una “cueva de ladrones” (Mt 21,13), correrá la misma suerte: acabará sus días colgado en el patíbulo flanqueado por dos bandidos, término con el que eran definidos los celotas (Mt 27,38).

Una extraña pareja

“Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, junto con María, su prometida esposa, que estaba encinta” (Lc 2,4.5). En la Biblia, por “ciudad de David” se entendía Jerusalén (1 Re 8,1; 2 Cr 21,20); sin embargo, para Lucas, la ciudad de David es Belén, porque si David ejerció en Jerusalén la realeza (2 Sam 5,7-9), en Belén había sido pastor (1 Sam 16,11). Con esta preciosa indicación, el evangelista está preparando la acogida por parte del lector de la singular manifestación del hijo de Dios. Esta no acaecerá en el esplendor del poder de la realeza, sino en el oscuro mundo de los pastores. Aquél que nacerá no tendrá los rasgos propios del rey, sino los del pastor esperado (Ez 34,23).

Sorprende que María, a pesar de estar encinta, sea definida *prometida esposa*, como en el momento del anuncio del ángel (Lc 1,27). La situación es embarazosa: José y María esperan un hijo, no obstante se encuentren aun en la primera fase del matrimonio, la del *esponsorio*, cuando no estaba permitida la convivencia. Todavía no han pasado -y jamás pasarán-, a la segunda parte del matrimonio, la de la *boda*, a partir de la cual era legítima la vida en común y generar hijos. La irregular situación de los dos esposos es motivo de escándalo: a dos *esposos prometidos* no les estaba permitido viajar juntos, y además, el cabeza de familia estaba autorizado a realizar el registro por todos sus familiares, por lo que la presencia de las mujeres no era necesaria.

El hecho de que Lucas presente a María y a José como una pareja irregular creó cierta desazón en los primeros siglos de la Iglesia, hasta el punto que en el siglo IV algunos copistas sustituyeron el inconveniente término *prometida esposa* por otro menos controvertido, *mujer* (*Versión sirosinaítica*). Pero el evangelista, al definir a María *prometida esposa*, quiere evitar que Jesús, “Hijo del Altísimo” (Lc 1,32), sea considerado hijo de José, el cual tenía solo que “aparecer” como padre (“*era, según se creía, hijo de José*” Lc 3,23).

Los evangelios apócrifos, las tradiciones populares y las pías fantasías se apoderaron sucesivamente del resto de la narración, llegando a alterar el significado del nacimiento de Jesús. Al sobrio relato evangélico, le fueron añadidos elementos ajenos al mismo; dramatizaron, además, algunos aspectos y novelaron otros. El resultado fue una chapuza, un

melindre dulzón y pegajoso con el que fue recubierta esta página evangélica, y que hizo difícil distinguir las palabras de Lucas de las leyendas surgidas posteriormente.

Se debe, en efecto, a leyendas que nada tienen que ver con la sobriedad de la narración evangélica la imagen de María y José como dos pobres viandantes que, llegando a Belén, en pleno invierno, la noche misma del nacimiento de su hijo, no encuentran a nadie dispuesto a alojarlos y se ven obligados a refugiarse en un establo (o en una gruta) con el asno y el buey... Son elementos útiles para construir un pesebre, pero no para comprender la riqueza del mensaje evangélico.

“Mientras estaban allí, se cumplieron para ella los días del alumbramiento” (Lc 2,6). Lucas no presenta una pareja ingenua y poco prevenida que a última hora busca con afán un sitio para dar a luz al propio hijo. El viaje desde Nazaret hasta Belén suponía alrededor de cuatro o cinco días de duro camino, lo cual estaba fuera del alcance de una mujer en avanzado estado de gestación. Solo en los primeros meses del embarazo lo habría podido afrontar. Así pues, para el evangelista, María y José se encuentran ya desde hace tiempo en Belén para el censo, y los “días del alumbramiento” sobrevienen mientras “estaban allí”, o sea, cuando se encontraban en esa ciudad, y no durante el trayecto hacia la misma.

Y María *“dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento”* (Lc 2,7). Para Lucas, ningún prodigio acompaña el nacimiento del Hijo del Altísimo, ninguna luz celestial ilumina la escena. No hay rastro tampoco de coros angélicos: María da a luz a su primogénito como todas las mujeres que alumbran una nueva vida.

Pero ¿por qué motivo nos dice que *“no tenían sitio en el alojamiento”*?

Las viviendas de Palestina se componían, habitualmente, de una única habitación. En ella, se cocinaba y se comía durante el día; por la noche, toda la familia –desde los abuelos hasta los nietos– se acostaba en su interior, yaciendo sobre unas esteras colocadas por tierra (Lc 11,7). Este entorno promiscuo era el menos adecuado para el nacimiento de un crío, sobre todo si tenemos en cuenta que, para la religión judía, el parto hacía impura a la mujer (*“Cuando una mujer conciba y tenga un hijo varón, quedará impura durante siete días”*, Lv 12,1). La mujer que da a luz es impura e infecta todo cuanto toca y a todas las personas que se le acercan. Es por esto que para María y para el hijo no hay sitio en el alojamiento.

Sin embargo, existía también en cada vivienda un espacio interior algo más reservado, que era, además, el lugar más protegido porque en él se conservaban los víveres de la familia y el pienso de los animales. Era una cavidad que servía de almacén y despensa (Mt 6,6). Es en ella donde el niño será colocado en el pesebre, envuelto en pañales.

Antiguamente, una interpretación inexacta del término griego que ahora se traduce correctamente con *alojamiento* / *habitación* ocasionó la leyenda según la cual los habitantes de Belén se habían negado a dar alojamiento a María y a José (“para ellos no había sitio en la *posada*”). El evangelista no emplea el término *posada* (gr. pandocheion), que usa, en cambio, en la parábola del buen samaritano (Lc 10,34), sino *alojamiento* (gr. kataluma), el mismo que utiliza para indicar el lugar de la última cena de Jesús (Lc 22,11; Mc 14,14).

Este término *alojamiento*, muy raro en la Biblia (aparece escasamente siete veces en el Antiguo Testamento griego y solo tres en el Nuevo), se encuentra en el Libro del profeta Jeremías, cuando éste implora socorro al Señor: “*Esperanza de Israel, Yahve, salvador suyo en tiempo de angustia, ¿por qué has de ser cual forastero en la tierra, o cual viajero que se tumba para hacer noche [literalmente hacia el alojamiento]?*” (Jer 14,8 LXX). Jeremías compara al Señor con un viajero que es hospedado por una noche, pero nadie parece advertir su presencia. Exactamente igual hará Israel, que no se percatará del nacimiento del Hijo de Dios: “*Vino a su casa y los suyos no lo recibieron*” (Jn 1,11). El Esperado de los tiempos, después de todo, no era tan deseado.